

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 12: ARTÍCULO 11 – LA RESURRECCIÓN DEL CUERPO



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
- 12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo**
13. Artículo 12 — La vida eterna

12 LECCIÓN

ARTÍCULO 11: LA RESURRECCIÓN DEL CUERPO

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 12:

En el undécimo artículo del Credo de los Apóstoles, el cristiano confiesa: «Creo en la resurrección de la carne». Cuando Jesús se encontró con Marta, llena de dolor tras la muerte de su hermano Lázaro, le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero» (Juan 11:23–24). Ella malentendió las palabras de Jesús. No pensó que Jesús había venido en ese momento para resucitar a su hermano de entre los muertos. Más bien, las palabras de Jesús la llevaron a pensar en la resurrección general de los muertos, al fin del mundo. Sin embargo, su respuesta revela que la resurrección de todos los muertos era ampliamente creída entre los judíos.

Con base en las palabras de Moisés y de los profetas, los judíos creían en la verdad de la resurrección de todos los muertos. Debemos reconocer que la doctrina de la existencia continuada del alma y del cuerpo después de la muerte está revelada con menos claridad en el Antiguo Testamento que en el Nuevo Testamento. El apóstol argumenta, en 2 Timoteo 1:10, que esta verdad ha sido revelada con mayor claridad en el Nuevo Testamento, debido a la resurrección de Jesucristo de los muertos. Dice: «pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio».

El evangelio del Nuevo Testamento es una revelación más clara de la verdad de la resurrección del cuerpo que el Antiguo Testamento. Pensemos solamente en lo que se dice en

Apocalipsis 20:13: «Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras». El mensaje del evangelio del Nuevo Testamento habla con mucha claridad de la existencia del alma y del cuerpo después de la muerte. Los creyentes esperaban una resurrección gloriosa del cuerpo. La resurrección de Cristo dio a los cristianos una esperanza que se extendía más allá de la muerte y de la tumba.

Cristo, su Salvador, es llamado las primicias de la resurrección. Esto implica que [después de las primicias] seguirá la cosecha completa y que la resurrección del pueblo de Dios será como la de su Señor celestial. Su resurrección fue una resurrección corporal, y la de ellos será del mismo tipo. En Romanos 8:11 se nos dice explícitamente que Dios, por su Espíritu, levantará los cuerpos mortales de los creyentes: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros».

La morada del Espíritu Santo en el corazón del creyente es la garantía de una resurrección gloriosa de sus cuerpos mortales. El mismo Espíritu que los vivificó de su muerte espiritual, y que ahora mora en ellos, levantará sus cuerpos de la muerte corporal. Con su energía divina, el Espíritu Santo vivificará nuestro cuerpo mortal. Él lo remodelará, lo reanimará y volverá a entrar en su antigua morada, colmándola de su gloria por la eternidad.

Aunque los santos en el Antiguo Testamento se centraron mucho en experimentar el favor de Dios en esta vida, la creencia en la resurrección de los muertos no está ausente del Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento habla de la existencia consciente y continuada del cuerpo y el alma del hombre, en un lugar ya sea de felicidad eterna o de miseria eterna. Ya leemos de Enoc: «Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios» (Génesis 5:24). Fue sacado de la tierra en cuerpo y alma, ¿y adónde más podría haber ido, sino al cielo? Sin embargo, la vida de los impíos terminará en tinieblas eternas: «Los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios» (Salmo 9:17). Ellos no tienen parte en la salvación de los piadosos. Los santos del Antiguo Testamento profesaron su expectativa de una bendecida vida eterna después de la muerte, tanto en alma como en cuerpo.

La resurrección de los muertos es un componente esencial de lo que es llamado «la esperanza de Israel». Cuando Pablo fue convocado para testificar ante el concilio judío, sabiendo que una parte del concilio estaba compuesta de saduceos —quienes no creían en la resurrección de los muertos—, y la otra parte de fariseos —que sí creían en la resurrección de los muertos—, exclamó al concilio: «Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga» (Hechos 23:6).

La esperanza de la resurrección era, para Israel, la esperanza de la inmortalidad, es decir, la esperanza de la existencia continuada del hombre en alma y cuerpo, en el reino eterno de Dios. En el Salmo 16, David habla de esta esperanza diciendo: «Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre» (Salmo 16:11). En el Salmo 17, testifica: «En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza» (Salmo 17:15). Pensamos también en Job, quien declaró: «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios» (Job 19:25–26). Asaf confiesa, en el Salmo 73, «Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria» (v. 24). Isaías proclama, «Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán». Luego incluso exhorta a los muertos que han vuelto al polvo a regocijarse, diciendo:

«¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos» (Isaías 26:19). Estas Escrituras del Antiguo Testamento hablan de experimentar gozo en comunión con Dios después de la muerte.

La muerte no fue el fin para los creyentes del Antiguo Testamento. El final de la vida no culminó en destrucción, sino en resurrección. En Daniel 12:13, Dios le dice a Daniel: «Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días». El Antiguo Testamento declara la resurrección de los muertos como un acto de la omnipotencia de Dios. Esto se nos presenta de manera muy gráfica en lo que Ezequiel vio en su visión. En Ezequiel 37 leemos que el profeta estaba delante de un valle lleno de huesos de muertos. Respecto a estos huesos muertos, se afirma enfáticamente: «y por cierto secos en gran manera» (v. 2). No se podía detectar ningún rastro de vida. En respuesta a la pregunta del Señor acerca de si estos muertos podrían volver a vivir, él solo pudo responder: «Señor Jehová, tú lo sabes» (v. 3). ¡Parecía tan imposible! Sin embargo, el Señor dio vida a esos huesos diciendo: «Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová» (Ezequiel 37:5–6). Por mandato de Dios, los muertos serán vivificados, para que todas las criaturas sepan que solo Él es el Señor. La resurrección de los muertos es una obra sobrenatural que solo Dios puede realizar.

En cuanto a la resurrección de los muertos en el Nuevo Testamento, debemos decir que la doctrina de la resurrección de los muertos se enseña enfática y abundantemente en las cartas de los apóstoles. La fe y la esperanza de los cristianos eran que, un día, ellos, como su Señor y Salvador, resucitarían corporalmente de entre los muertos: «sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros» (2 Corintios 4:14).

En el libro de Apocalipsis, Juan testifica: «Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras» (Apocalipsis 20:12–13). El testimonio del Nuevo Testamento es contundente e irrefutable respecto al hecho de que viene un día en el que habrá una resurrección general de vivos y muertos, y un juicio final.

En Mateo 22 leemos de un debate entre Jesús y los saduceos. Los saduceos eran una asociación política y religiosa dentro del judaísmo, durante la época en que Jesús vivió. Era un movimiento moderno en el judaísmo, compuesto principalmente por aristócratas, eruditos y gente adinerada. Entre ellos había muchos sacerdotes. Por ejemplo, Anás, el sumo sacerdote, era saduceo. Eran judíos ilustrados, fuertemente influidos por la filosofía griega. Como los griegos, consideraban la mente como la parte principal del hombre. El cuerpo era solo un lastre. El cuerpo, la materia, era malo. Era la prisión del alma. Los saduceos, al igual que los filósofos griegos, veían la muerte como la liberación del espíritu, pues entonces el espíritu quedaba libre del cuerpo. Por lo tanto, no creían ni en la resurrección de los muertos ni en la existencia de ángeles y espíritus. Una resurrección física sería regresión más que progreso. Después de todo, esto significaría que el alma tendría que volver al calabozo del cuerpo.

Estos saduceos vinieron a Jesús y le plantearon una pregunta capciosa: «Maestro, Moisés dijo: Si alguno muriere sin hijos, su hermano se casará con su mujer, y levantará descendencia a

su hermano» (Mateo 22:24). Era el llamado matrimonio levirato, del que se habla en Deuteronomio 25. Luego dijeron a Jesús: «Hubo, pues, entre nosotros siete hermanos»; todos murieron después de casarse con aquella mujer. Así, esa mujer había tenido por marido a los siete hermanos. Entonces le preguntaron a Jesús: «En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?» (Mateo 22:28). Era una pregunta diseñada para hacer absurda la creencia en la resurrección de los muertos y en la vida después de la muerte. ¿Y qué respondió Jesús? «Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo» (vv. 29–30).

La vida en el cielo no es como la vida en la tierra. La ley del matrimonio levirato es para esta vida, no para la vida venidera en el cielo. Los lazos mutuos de amor ya no son carnales, sino espirituales. Por ello Jesús les dijo: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios». Con ello estaba diciendo: «Están pasando por alto las muchas declaraciones de la Escritura que hablan de la resurrección de los muertos. Y tampoco se dan cuenta del poder del Dios Todopoderoso, que puede levantar del polvo los cuerpos que yacen en la tierra». Entonces Jesús prosiguió diciendo: «Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mateo 22:31–32). ¡Qué respuesta tan profunda! Jesús dijo que Abraham, Isaac y Jacob no están muertos. ¡Viven! Viven, en cuanto a sus almas, con Dios en el cielo. Esperan una resurrección gloriosa de sus cuerpos en el futuro. Así debemos pensar de Abraham, Isaac, Jacob y de todos los creyentes que han fallecido. Viven en cuanto a sus almas en el cielo y esperan la resurrección del cuerpo.

El mundo incrédulo se burla de la idea de que un día todos los muertos resucitarán. Cuando Pablo habló de la resurrección de los muertos en Atenas, fue ridiculizado. En Hechos 17:32 se nos dice: «Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban». Muchos consideran un sinsentido creer que todos los seres humanos muertos resucitarán. ¿Qué ha sucedido ya con todos esos cuerpos? Unos han sido devorados por fieras, otros fueron reducidos a cenizas, y sus cenizas se esparcieron por la tierra. No queda nada de ellos. Algunos cuerpos fueron sepultados en las profundidades de los mares. Otros murieron hace muchísimo tiempo. ¿Qué queda del cuerpo humano después de estos miles de años? Contradice el sentido común creer en la resurrección de todos los muertos.

Ciertamente, muchos interrogantes rodean la doctrina de la resurrección de los muertos. ¿Es posible tal cosa? ¿Qué clase de cuerpo recibirán todas estas personas? Estas preguntas también eran frecuentes entre los cristianos. El apóstol aborda este asunto en el poderoso capítulo de la resurrección de 1 Corintios 15. Es la exposición más detallada de la resurrección de los muertos en la Biblia. El apóstol aborda las preguntas que eran prioritarias en la iglesia de Corinto. Estas son preguntas que se plantearon entonces y que también se plantean hoy en la discusión sobre la resurrección de los muertos.

Por tanto, el apóstol inicia su defensa de la resurrección de los muertos con la pregunta: «Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?» (1 Corintios 15:35). La pregunta es: ¿qué clase de cuerpo tendrá la gente cuando resucite de entre los muertos? Es imposible que sea el mismo cuerpo. ¿Cuánto no le habrá sucedido al cuerpo? ¿Y qué quedará entonces de él? Esta era la pregunta en Corinto. La pregunta no era sobre la resurrección del alma en la regeneración y conversión, sino: ¿cómo puede resucitar la carne? Un espíritu sería

capaz de levantarse, pero ¿cómo puede levantarse la materia? Observamos aquí que una mentalidad pagana, filosófica y racional llevó a algunos cristianos a negar la resurrección de los muertos.

Hoy no es diferente. Las ideas paganas sobre el cuerpo, las consideraciones filosóficas acerca de la liberación del espíritu a través de la muerte, y las reflexiones intelectuales sobre la posibilidad de la resurrección del cuerpo hacen que las personas, tanto entonces como ahora, nieguen y se burlen de la resurrección. Podríamos contentarnos con la respuesta de Jesús a todas esas consideraciones humanas, y decir: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios» (Mateo 22:29). Después de todo, nada es imposible para el Señor. ¿Es mucho más imposible para Dios resucitar un cuerpo a partir de un poco de materia, que llamar a todas las cosas a la existencia a partir de la nada? Sin embargo, ese argumento no basta para el apóstol. El Espíritu de Dios lo ha impulsado a arrojar luz sobre la resurrección de los muertos, y específicamente a hablar de la bendita resurrección de los hijos de Dios.

Pablo comienza su exposición con una reprensión. Dice: «¡Necio! lo que tú siembras no se vivifica, si no muere» (1 Corintios 15:36). La semilla primero muere en el campo y solo entonces cobra vida. Quien niega la resurrección de los muertos ridiculizará y considerará imposible lo que regularmente ocurre en la naturaleza. El grano de trigo que muere en el campo producirá nuevo grano. Pensamos que el grano sembrado se ha perdido. No logramos encontrar nada de él. Pero germinará y producirá nuevo grano. El apóstol dice: «Así también es la resurrección de los muertos» (1 Corintios 15:42). Dios levantará de los muertos un cuerpo muerto que se ha vuelto polvo en la tierra. El cementerio no es un basurero, sino un campo de siembra —un camposanto—, un patio con semillas en él.

Después, Pablo argumenta cómo se siembra el cuerpo y cómo resucita. Dice: «Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción» (v. 42). El cuerpo es entregado a la destrucción: el hermoso cuerpo del hombre, la joya de la corona de la creación; un cuerpo erguido, tan diferente de los cuerpos de otras criaturas; un cuerpo de porte majestuoso. Ese cuerpo muere y vuelve al polvo. Es entregado a la corrupción. ¡Qué desgracia! Es la sentencia de Dios sobre el pecado del hombre: «Porque polvo eres, y al polvo volverás» (Génesis 3:19). Así serán sembrados nuestros cuerpos: «Se siembra en corrupción»; es entregado a la destrucción. Sin embargo, no ha desaparecido ni se ha desvanecido para siempre. El apóstol dice: «resucitará en incorrupción». El cuerpo muerto no ha sido simplemente arrojado a un basurero, sino que yace dormido en un campo llamado tierra. Dios un día lo levantará en incorrupción. Entonces el cuerpo ya no estará sujeto a corrupción. Es el mismo cuerpo, pero ahora ya no sujeto a las consecuencias del pecado. Ya no estará sujeto a enfermedad, debilidad, sufrimiento, dolor y muerte. Jacob ya no cojeará, y Lázaro ya no estará cubierto de llagas.

El apóstol continúa diciendo: «Se siembra en deshonra, resucitará en gloria» (1 Corintios 15:43). Es un juicio de Dios cuando un hombre no es sepultado. Fue la maldición de Dios sobre Jezabel, la impía esposa de Acab: «Los perros comerán a Jezabel» (1 Reyes 21:23). Visto así, es un honor ser sepultado. No obstante, a la luz de nuestra creación gloriosa, es una deshonra. Nuestro cuerpo es sometido a la mayor deshonra imaginable. El cuerpo del hombre, creado para reinar como rey sobre la creación de Dios, es puesto en un sepulcro para su descomposición. ¡Qué deshonra! En verdad «se siembra en deshonra». Sin embargo, «resucitará en gloria». El cuerpo con el que los creyentes se levantarán será glorioso, porque Dios «transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Filipenses 3:21).

Nuestro cuerpo en descomposición no será aniquilado, sino transformado. La Biblia enseña que los cuerpos de los creyentes serán hechos semejantes al cuerpo de Cristo resucitado y glorificado. Jesús revestirá sus cuerpos con su propia gloria. ¡Qué gracia! ¡El cuerpo de un pobre pecador hecho semejante al cuerpo del Hijo de Dios! Será un cuerpo de carne, sangre y huesos; un cuerpo como el que Jesús tuvo después de su resurrección, y que ahora tiene en el cielo. Será un cuerpo glorioso, revestido de inmortalidad y santidad. El cuerpo será restaurado de manera más gloriosa de lo que fue sembrado en la tierra. Será, como dice el apóstol, «resucitará en gloria».

El apóstol aún no ha terminado. Prosigue: «Se siembra en debilidad, resucitará en poder» (1 Corintios 15:43). El cuerpo es desmantelado. El cuerpo «se siembra en debilidad». Pero, como escribe el apóstol, «resucitará en poder». Se volverá un cuerpo fuerte. Será un cuerpo que ya no es débil, mortal y perecedero. Será un cuerpo que ya no depende de comida y bebida. Será un cuerpo que ya no está sujeto a las debilidades de nuestra naturaleza caída. Será un cuerpo apto para la vida en el cielo y el disfrute de la comunión con Dios.

Así, el apóstol destaca la diferencia entre los cuerpos de los hijos de Dios en la muerte y cuando resucitan. Contrasta corrupción e incorrupción, deshonor y gloria, y debilidad y poder. Concluye diciendo: «Se siembra cuerpo animal; resucitará cuerpo espiritual» (1 Corintios 15:44). ¿Qué quiere decir el apóstol con esto? ¿Significa esto que los creyentes, en la resurrección, no tendrán un cuerpo físico, sino que serán semejantes a los ángeles? No, el apóstol no dice eso. El cuerpo que se encomienda a la tierra después de la muerte es solo natural y material. No hay ni alma ni vida en él. Sin embargo, el cuerpo resucitado sí tendrá un alma. El alma y el cuerpo serán reunidos. Por eso el apóstol dice: «resucitará cuerpo espiritual».

Esta unión marcará la consumación de la restauración del hombre caído. Los hijos de Dios recibirán un cuerpo glorioso habitado por un alma redimida. Estarán equipados para servir y glorificar a Dios, en alma y cuerpo. Debemos, por lo tanto, concluir diciendo: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es» (1 Juan 3:2). Los hijos de Dios recibirán un cuerpo, dotado de todas las perfecciones necesarias, para vivir en el mundo celestial. Ya no débiles y mortales, sino gloriosos e imperecederos. Nunca se cansarán ni tendrán hambre o sed: «Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos» (Apocalipsis 7:16–17).

La resurrección será doble. La resurrección final no será igual para todos. Jesús habló de una resurrección doble de los muertos: una resurrección para vida, y una resurrección para muerte eterna. Dijo: «No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Juan 5:28–29). Desde la caída de Adán en el paraíso, la humanidad se compone de la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente; de justos e impíos; de creyentes e incrédulos. En la resurrección de los muertos, esta distinción se hará visible, en una resurrección para vida y una resurrección para muerte. Los creyentes subirán al cielo con alma y cuerpo, y los impíos irán al infierno con alma y cuerpo.

Habrà una resurrección general de los muertos. La tierra devolverá a los muertos a la vida. Los muertos cobrarán vida. 1 Tesalonicenses 4 enseña que habrá un orden específico en la resurrección de los hijos de Dios. Los cuerpos de los creyentes muertos resucitarán primero. Luego, los creyentes que aún vivan en la tierra en ese día, sin tener que morir, serán llevados para

recibir al Señor en las nubes. Serán arrebatados en las nubes y unidos a los santos, que ya habrán sido levantados de sus sepulcros. Leemos en el versículo 17: «Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire». El apóstol concluye: «y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:17).

¡Qué día será aquel! Es el gran día del Señor. Juan Calvino dice: «Es el día para el cual fueron hechos todos los demás días». Será el fin de la historia del mundo. Todos los muertos que han muerto desde el día de la creación resucitarán de sus tumbas. Serán juzgados, cada uno conforme a sus obras. Todos experimentaremos la realidad de ese día. Perteneceremos a los que resucitarán para vida o a los que resucitarán para condenación. El factor decisivo será si, en esta vida, hemos sido unidos a Cristo por una fe verdadera. En el capítulo de la resurrección, 1 Corintios 15, el apóstol apunta esta unión esencial con Cristo y dice: «Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida» (1 Corintios 15:23). Debes ser de Cristo: no estar afiliado a Pablo o a Cefas, ni a alguna iglesia, sino que debemos ser de Cristo. Una resurrección gloriosa espera a los hijos de Dios, porque son de Cristo.

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el duodécimo artículo del Credo, en el cual confesamos: «y la vida eterna. Amén».